

Preso de una inquietud jamás sentida,
 su incauto corazón, antes sereno,
 Eva dejó caer sobre su seno,
 turgente y blanco, su cabeza erguida;
 y al doblar, como un lirio, su cabeza,
 sintió que ensombrecía
 algo, como una nube de tristeza,
 al cielo siempre azul de su alegría.

Mas sobrepuesta, al fin, á su trastorno,
 de nuevo, altiva, la cerviz levanta,
 y ansiosa tiende la mirada en torno. . . . ;
 de su infinita soledad se espanta,
 y, «¡Adán!», quiso clamar; pero fué en vano:
 sintió como la garra de una mano
 que le ahogaba la voz en la garganta.

Entonces fué cuando sintió un anhelo
 imponderable de caer de hinojos,
 de convertir sus ojos,
 y su turbado corazón al cielo,
 —¡al cielo azul que saturaba el día!—;
 y cuando ya para tender el vuelo,
 la oración despertaba y sacudía
 sus alas, como un pájaro á la aurora,
 habló Satán. Su frase lisonjera,
 á fuerza de dulzura, tentadora,
 y que, de una pérfida manera,
 al vil engaño los halagos junta;
 derecha fué, como acerada punta,
 al corazón de la mujer primera.

Dijo Satán: «¡Dichosa la luz pura
 «que el almo sol te envía,
 «y que, sin desmayarse de ventura,
 «puede besar tu espléndida hermosura
 «con un beso tan largo como el día!

«¡Feliz el viento que en veloz carrera
 «cruza por los frondajes, y que olvida
 «del Paraíso las floridas galas,
 «por filtrarse en tu rubia cabellera,
 «en cascada de bucles descogida,
 «y alcanzar con la punta de sus alas
 «la epidermis ardiente de tu nuca;
 «Y más feliz aún porque, en seguida,
 «como una ave dichosa que se anida,
 «en medio de tus senos se acurruca!» . . .

Entonces la mujer, roja la frente,
 la palabra tremente,
 y con las manos ocultando el seno,
 dijo: «¡Calla, Serpiente,
 «porque tu acento, como miel de abeja,
 «al sonar en mi espíritu sereno,
 «inquieto y triste el corazón me deja!» . . .

El reptil dijo entonces,
 —ostentando el pavón de sus escamas
 á un destello del sol, que entre las ramas
 se deslizó, como fundido bronce:—

«¡Oh mujer, alma germen de la vida,
 «¿por qué razón, al eco de mi acento,

«como una ave en el nido sorprendida,
«tu corazón se espanta?

«¿Acaso, dime, de diverso modo,
«á tu gloriosa majestad no canta
«himno de amor, el Paraíso todo?

«Escucha: ¡De ti en torno estremecidas,
«baten palmas las frondas,
«tímpanos de cristal suenan las ondas,
«y orquestean las aves escondidas!

«¡Las aves, mudas antes,
«y que al ver, deslumbradas y anhelantes,
«como ibas surgiendo encantadora
«del corazón del hombre que dormía,
«—semejante á la aurora,
«cuando comienza de despertarse el día—
«¡sintieron desatarse de improviso
«en raudales de arpegios sus gargantas,
«al punto en que, al tocarlo con tus plantas,
se estremeció de amor el Paraíso!»

Eva con dulce aliento
suspira, luego el casto seno esponja,
y, para oír mejor, la frente inclina,
¡ay, que en su oído, como nunca atento,
la palabra fatal de la lisonja
suena ya como música divina!

Satán siguió: «¡La gran naturaleza
«que en derredor de ti su pompa extiende,

«es el fondo de sombra donde esplende
«la triunfadora luz de tu belleza.

«Todo de ti, lo que más luce, toma:
«su arrullador y apasionado acento,
«el dulce corazón de la paloma;
«su voz doliente de suspiro, el viento,
«el nardo, la tersura y el aroma,
«y la rosa, portento de hermosura,
«el color de tu rostro y la frescura!

«¡El astro, la mirada de tus ojos,
«y el clavel encendido,
«la sangre viva de tus labios rojos,
«en donde abreva Adán, enardecido,
la inextinguible sed de sus amores!». . . .

Eva se estremeció con regocijo,
chispearon los ojos brilladores
de la Serpiente, que lanzó á los cielos
mirada audaz. . . . y, vuelta á Eva, dijo:

«¿Ves el raudal que del peñón arranca?,
«¡tienen sus triscadores arroyuelos
«las transparencias de tu frente blanca!

«Y mira cómo, sin cesar, las olas,
«cantando el madrigal de sus rumores,
«desparraman sus líquidos cristales,
«para ir á besar en las corolas
«la huella que en la alfombra de las flores
«imprimieron tus plantas virginales.

«Y cuántas veces de la linfa pura,
 «que ha llegado á tu pie, murmuradora,
 «en el undoso espejo diamantino,
 «¿no has contemplado, absorta, tu hermosura
 «de donde emana, como luz de aurora,
 «un tembloroso resplandor divino?

«¡Ah, y en esos instantes
 «en que bajo el misterio de las frondas
 «te has contemplado, con asombro mudo,
 «en las aguas brillantes,
 «¿no te ha dicho el espejo de las ondas
 «cuando decirte mi palabra pudo,
 «y más aún? ¿Qué voz más elocuente
 «para cantar la gloria inmaculada
 «de tu belleza pristina y ardiente,
 «que tu misma hermosura, retratada
 «en el regazo azul de la corriente?

«¡Oh mujer, astro eterno de hermosura,
 «ay rayo de la luz de tu mirada,
 «se ha impregnado el Edén, que es tu morada,
 «de un hálito inefable de ventura!

«Antes de que alumbrara tu belleza
 «al corazón de Adán, con paso incierto,
 «como al través de un páramo desierto,
 «y abatida y nublada su cabeza,
 «él por estos lugares discurría
 «y todo el Paraíso ensombrecía
 «con la nube mortal de su tristeza!

«¡Surgiste tú, y entonces, de improviso,
 «irguióse Adán, y resonó en el suelo,
 «como explosión de músicas del cielo,
 «el hosanna triunfal del Paraíso!

«Irguióse Adán, mas se postró en seguida,
 «fijos en ti los anhelantes ojos,
 «para poner ante tus pies, de hinojos,
 «todas las ilusiones de su vida!

«¡Ah, desde aquel momento,
 «radiante dicha sus tristezas calma:
 «Tú llenaste de sol su pensamiento,
 «y de estrellas la noche de su alma!

«Y el mismo Edén, como si acaso fuera
 «el corazón feliz de tu marido,
 «desde entonces también parece henchido
 «de la savia de otra primavera!

«Y en medio á tanta esplendidez, y tanta
 «dicha, ¿qué hondo afán, que vaga pena
 «tu corazón quebranta,
 «que te hace, á veces, inclinar la frente,
 «como una azucena
 «que sobre la corriente cristalina,
 «al paso presuroso del ambiente,
 «temblando y melancólica se inclina?

«¿Callas? ; ¡en vano es; prendida veo
 «á tu inocente corazón, la espina
 «tenaz y punzadora de un deseo!

«¡Un deseo que inflama
 «el incitante fruto del manzano,
 «que tiende á ti su rama
 «para poner sus pomos en tu mano!»

Y la Serpiente de verdosa escama
 se alargó, y ofreciéndole la poma,
 prendida aún á su encorvado diente,
 volvió á decirle: «¡Toma!»

«¡Ay, morirá, sin duda, dijo Eva,
«quien el precepto quebrantar intente,
«y de ese fruto maldecido coma,
«porque el veneno de la muerte lleval!»

«¡No morirá! responde la Serpiente,
«¡este es el fruto de los dioses, prueba!»

«Aún vacilas?; ¿tu cándida inocencia
«no se ha, por ventura, preguntado,
«por qué el fruto del árbol de la ciencia
«es el fruto vedado?

«¡Sabe que al punto que tus labios rojos
«empape con su jugo la manzana,
«se abrirán de tu espíritu los ojos
«al brillo eterno de la luz arcana!

«¡Y que entonces, mujer, del mismo modo
«que se inunda el Oriente con la aurora,
«quedará tu razón, naciente ahora,
«en la plenaria comprensión de todo!»

—
Eva sucumbe ya; gozosa escucha
la tentadora voz de la Serpiente,
y en todo el Paraíso se presiente
el final de la lucha:

¡Hay algo, como el hielo del espanto
en las trémulas ondas del ambiente,
y se esconde, tras nubes de tormenta,
por vez primera el Sol !

Adán, en tanto,

opresa el alma de ansiedad violenta
y de un lúgubre miedo, de improviso,
lo mismo que un cervato que se espanta,
dáse á correr con desalada planta,
como queriendo huir del Paraíso;
y, «¡Eva!», quiere clamar; pero en vano:
su pecho en un sollozo se levanta,
y el horror, cual la garra de una mano,
le estrangula la voz en la garganta!

—
Presto, desde la copa del manzano,
—que será para el mundo
fuente perenne de dolor profundo,
en el destino del linaje humano;—
ve Satán, al través de la espesura,
que el hombre, á todo vuelo, se aproxima;
y aun más su verbo de elocuencia anima,
y el pristino pecado se apresura. . . .

Y cuando Adán, convulso y jadeante,
como un gladiador tras de la brega,
al pie del árbol llega,
en lo supremo del supremo instante,
un silencio de asombro hay en la altura,
un silencio expectante,
y un trágico estupor en la natura

II.

Un gran diálogo empieza,
diálogo breve, que termina luego.

Una voz es de ruego,
 y la otra es de amor y de tristeza:
 —«¡Eva, detente por piedad!»—«¡Ya es tarde!»
 —«¡La manzana fatal! ¡horror!»—«¡Cobarde!»
 —«¡Va á estallar la justicia soberana!»
 —«¡Ven, y mis labios con tus labios toca:
 «tengo en ellos la miel de la manzana!»

(¡Ah! ¿quién resiste á la mujer querida,
 que nos brinda en el cáliz de su boca
 la miel de la ventura de la vida?)

«¡Ven, y la fruta comerás conmigo!»
 y dijo Adán, con explosión de lloro:
 «¡Ese fruto es la muerte; mas te adoro,
 «y yo, mujer, me perderé contigo!» . . .

—
 ¡Después, cuando dejaron
 de gustar con hartura, y que se vieron,
 sus frentes de vergüenza se tiñeron,
 y al suelo que temblaba las bajaron! . . .

¡Y al ver' que la pareja enamorada,
 al quedarse desnuda de improviso,
 inclinó la cerviz avergonzada,
 estremeció Satán el Paraiso,
 con triunfal y estridente carcajada!

1897.

FRANCISCO GUERRERO RAMÍREZ.



NOCTURNALES.

II

¿Que quién soi? . . ¡Una lágrima . . . una sombra,
que un instante en el mundo me detengo!
i ni sé á dónde voi, ni de dó vengo,
i ni por qué mi corazón te nombra.

De mis locuras mi razón se asombra,
cuando á pensar en ellas la contengo;
i recuerda mi alcurnia, mi abolengo
que en guñapos me sirven por alfombra

¿Que quién soi me preguntas con reproche,
mientras tanto la angustia te sofoca
porque no abro al misterio el áureo broche?
¿Que quién soi me pregunta tu alma loca?
¡Soi un beso que duerme noche á noche,
en los rojos claveles de tu boca!

REQUIEM.

Era una fría mañana:
una mañana de Enero;
de sol triste, de sol pálido:
i las campanas del templo
cercano de La Merced,
estaban tocando á muerto

¡Yo la ví rígida i blanca
sobre su mortuorio lecho!
Vestia traje de novia:
los azahares, el velo,
i brillaba el áureo anillo
aprisionando su dedo.

Dijéronle las exequias
en «La Merced,» en el templo
donde las tristes campanas
estaban tocando á muerto.

Después sacáronla en hombros
frente al fúnebre cortejo,
i encerrada, en su ataúd
lleváronla al cementerio,
donde cavaba otra fosa
ufano el sepulturero.

¡Allí la dejamos sola,
del sepulcro en el misterio!
.....

¡Desde entonces noto que
las campanas de los templos,
no saben tocar á gloria!
¡siempre están tocando á muerto!

ENTONCES I HOI.

¡Yo lo recuerdo aún! En pleno día,
derramaba sus oros Primavera;
i la Vida al encuentro me salía,
como novia lindísima que espera
del amado los ósculos! Había,
como un conjunto tentador que inflama,
una dulce canción en cada onda;
un trino volador en cada rama;
una perla irisada en cada fronda,
i una escarcha de lirios en la grama.

¡Todo cantaba entonces! . . . Palpitaba
la sangre en las arterias comprimida,
i al ardor juvenil que la inflamaba
¡Entonces yo era fuerte, i me estrechaba
en un abrazo halagador, la Vida!
.....

Hoi que todo un pasado se concluye,
no derrama sus oros Primavera:
¡i la Vida? . . ¡Ai de mí! . . ¡la Vida huye,
como débil mujer que vende artera
del amado los ósculos! I bulle,

como un conjunto aterrador que clama,
una antífona triste en cada onda;
un desnudo esqueleto en cada rama;
una capa de polvo en cada fronda,
i un reguero de aristas en la grama.



FRANCISCO GONZÁLEZ LEÓN



EL MEJOR ARPEGGIO.

Al sol no le pido
pentágramas de oro;
la nota que adoro
no viene del sol.
La luz, es pomposa
canción de alegría:
la nota,
la mía,
no es nota de luz.

Con las neurastenias de alguna fontana,
con las lejanías de alguna campana,
del tímido ocaso con el arbol;
con el novilunio que al cielo acuchilla,
y con las penumbras de claustral capilla,
concilio un arpeggio de timbre mejor.

ALIANZA.

¡Oh pálida princesa!
 tu auténtica es la mía:
 si tienes la realeza
 que enmarca á la tristeza,
 yo tengo la nobleza
 de la melancolía.
 Seremos dos hermanos,
 mi reina dolorida;
 seremos dos hermanos.
 Viniste, y bien venida:
 permítame tus manos.
 Permítame tus manos,
 neurótica doliente;
 reclínate en el pecho
 las hostias de tu frente:
 que acaso con tus duelos
 y las tristezas mías,
 hagamos dos consuelos,
 de dos melancolías.

KERMESSE.

Ríe. . . . ríe. . . . que tu risa
 como un repique que convoca á misa
 por mañana pascual,
 es preste que las penas exorciza:

la gama de tu risa,
 perturba todo mal.

Bajo la ampolla nívea del fanal
 eléctrico,
 —la luna del salón—
 tu risa fué iocundia de cristal,
 tu risa fué la alondra matinal
 que auroró á mi nocturno corazón.

Confieso que en la vida he sido un raro;
 que me dió la tristeza, como amparo,
 su alcázar más hostil,
 y que sólo en la noche de aquel día
 me pudo conciliar con la alegría
 tu lírico reír.

En los ardores de un recuerdo cruzas. . . .
 Todo un coro de musas te perseguía en tropel,
 cuando en los claros linos de la fiesta,
 te bordaban las violas de la orquesta
 las cifras de un «tustep.»

Si un vívido confeti en tu mejilla
 mentía la maravilla
 de enfático lunar,
 el oro diamantino de tu risa,
 era un repique que llamaba á misa
 por mañana pascual.

VALS POÉTICO.

Qué tristeza infinita, qué tristeza,
y qué de ensueños en el alma deja,
la lentitud sonámbula de esa
nota que melancólica se aleja.

Si parece que dice: sufre y calla,
que la vida es así, porque es arcana;
reclínate en el oro de mi malla:
te arrullaré como una dulce hermana.

Y hay en su ritmo, la expresión de alguna
solución imposible; los empeños
de subir por un rayo de la luna,
y la nostalgia de lo visto en sueños.

Y es dolencia de amor, y es la inconfesa
exaltación de un ímpetu que aqueja,
la lentitud sonámbula de esa
nota que melancólica se aleja.

CREPUSCULAR.

Verde seda en la arboleda.
Y en la seda de un tramonto
que sus púrpuras deshoja,
un reflejo de oro viejo

sus bordados magnífica:
tal se antoja,
que con una capa roja
va el tramonto y pontifica.

Ya en las lilas del ocaso
se adormece un verde-malva;
ya asomó su testa calva
la premura de una luna,
y en los cielos pensativos,
unos cuervos van como una
tremulencia de unos puntos suspensivos.
—Háblame, alma, surge, dime.
—La tristeza es una cosa que redime.
—¿Por qué miras á la luna,
y á los cielos pensativos?
—Yo tiritó:
yo soy una
tremulencia de unos puntos suspensivos.

IGNARO.

En mi pobre cuarto, y allá en la distante
universitaria ciudad; estudiante
de Preparatoria en el conciliar
viejo seminario,
ante los ocasos, y ante mi ventana,
oía una charanga bélica y lejana.
Desde los solares que eran de un convento
y ahora son cuarteles, me mandaba el viento
con los pasos dobles, fiereza francesa,
y con las mazurcas, una gran tristeza.

¡Oh las claras tardes de mi seminario. . . .
 cuando alcé violetas dentro de un breviario . . . !
 Ya todo ha pasado. . . ya todo está lejos. . . .
 los que fuimos niños, ahora somos viejos.
 De mis anhelares la vida hizo «ganga»
 ¿Por qué aun oigo á veces aquella charanga?
 Si surgió la luna, si el ángelus reza,
 si de las mazurcas llega la tristeza,
 si un oro moría
 tras la crestería
 de aquellas montañas,
 yo nunca he sabido lo que me diría
 la lágrima aquella
 bajo mis pestañas.

PRÓFUGO.

En el viejo cofre lo dejé guardado;
 en el viejo cofre de hallarín ferrado.
 El hábito pardo que llevé ceñido;
 color de cenizas, color del olvido.
 El sayal querido que llevé endosado
 cuando fui novicio de mi noviciado,
 allá cuando al labio florecíame el bozo,
 y bajo estameñas me sentía dichoso.

.

Pero aquella calma tuvo corolario:
 que en la misma iglesia, durante el rosario,
 descubrí sus ojos; y bajo su imperio,
 yo dejé el misterio de mi monasterio.

.
 Por eso ahora pienso que en las eglantinas,
 si se caen las rosas, quedan las espinas.
 ¡Cuántas injusticias las de sus amores!
 me dejó los cardos:
 se llevó las flores. . . .
 Por eso esta tarde retorné al convento
 y en el locutorio descansé un momento.
 Y mientras que un oro muere en los confines
 y una triste esquila llama á los maitines,
 al Abad le digo de mis aflicciones;
 al Abad que ha oído tantas contriciones,
 y de nuevo visto mi sayal querido:
 ¡color de cenizas. . . . color del olvido. . . !

LA ORACIÓN DE LA TARDE.

El confín —monje en el coro—
 reza en un libro de oro
 de grandes letras miniadas,
 mientras entona el distante
 clavicordio de Levante
 sus antífonas moradas.

Reza mi alma sus querellas
 en la camándula que halla
 de la tarde entre las huellas:
 la luna fué la medalla
 que engarzaron las estrellas.
 Qué quietud tan oportuna. . . .
 todo reza. . . .
 cuánta calma. . . .
 ¡Qué inquietud tan inexpressa
 dentro al alma!
 La oración de una campana
 se diluye en la quietud
 del ambiente. Yo la escuto,
 y escuché:
 «bendito el fruto
 de tu vientre: Jesús.»
 La tarde está de rodillas.
 Las esquilas,
 lanzan su pósterosón.
 ¿Qué dijeron las esquilas?
 «Santa María, madre de Dios».



GABRIEL LÓPEZ ARCE.



EN AGOSTO

Fué una tarde deliciosa, de una humedad tenue. Los árboles de lujuriosa pompa, esparcían sus copas, como cabelleras desmelenadas. La mole parroquial erguía su estructura imponente, donde parece flotar una leyenda muda de místicas escenas. Al Oriente, sobre un fondo pizarroso, las nubes fingen la ramazón de un bosque gigantesco, por donde vaga el deslumbrante zigzag del rayo. Una parvada de palomos rasga el aire con su batir de alas. Abigarrada multitud llena la escalinata monumental y transita por las calles, plaza y jardín, donde las bancas ferradas ofrecen piadosas un descanso al paseante. Las gamas del crepúsculo toman nuevos tintes al herir los brillantes follajes de los laureles.

Un escuadrón de notas marciales cruza por el viento con bélicas entonaciones y redoblar de tambores. Numerosa concurrencia pasea flanqueando los parterres transportantes de humedad.

La noche empieza y los focos eléctricos se encienden con parpadeos de cíclope, mientras la música del kiosko